

cotizaciones ficticias. Es decir, no efectuadas realmente con aportaciones económicas al sistema, sino por considerarse cotizados, para alcanzar el derecho o aumentar el realmente ganado, determinados períodos de tiempo por haber tenido hijos, en el caso de las mujeres, y por haber realizado el servicio militar obligatorio, o la prestación social sustitutoria del mismo, los hombres.

Los portavoces en la Comisión Parlamentaria del Pacto de Toledo han dado argumentos sobre la propuesta, pero con poca convicción, lo que convierte el discurso en mera demagogia. El motivo es que se tropieza con las cifras y que no se puede obviar que la mayor parte de las pensiones resultantes tendrían que tener complementos para alcanzar las cuantías mínimas; que en la actualidad ya existen cotizaciones ficticias para las trabajadoras que han tenido hijos (112 días por cada uno de ellos), y hasta dos años mientras han estado de excedencia por cuidado de un menor de ocho años, o cotización completa cuando han reducido su jornada de trabajo por el mismo motivo; y que la prestación social sustitutoria del servicio militar en muchos casos fue compatible con la realización de trabajo remunerado.

Por el contrario, nada se piensa para mejorar los derechos de quienes más hayan contribuido cotizando mayor tiempo del necesario para alcanzar el 100% de pensión.

graham@grupomedia.com

nace del rigor que debe llevar el análisis de la economía, lejos de las imprecaciones que contra él vertía el cura Diego José de Cádiz, quien llegó a denunciar al osense a la Santa Inquisición. Todos los economistas españoles somos herederos del rigor de este economista nacido en Berdún en 1759 y todos los profesores de es-

tor anadido que tienen nuestros mayores.

En definitiva, que debemos en primer lugar saber mejorar las prestaciones de 281.502 pensionistas aragoneses (datos de septiembre de 2010), evitando, por ejemplo que veinte mil de ellos vivan con menos de 350 euros de prestación al mes. Seguir con ri-

millones de pensionistas y en el año 2030 sostendremos 12,5 millones: un cincuenta por ciento más. Hay que ser capaz de establecer una estructura que garantice que esos 12,5 millones de españoles recibirán una pensión cuando menos mejor que los 8,5 millones actuales.

Paragantizar y mejorar el sis-

La pirámide, el trigo y la cuadratura del círculo

Joaquín Olona Blasco

Decano del Colegio Oficial de Ingenieros Agrónomos de Aragón, Navarra y País Vasco.

El progreso de la humanidad depende, en gran medida, de su capacidad para alimentar a la población liberando, al mismo tiempo, recursos para otros fines. Esto implica un continuo crecimiento de la productividad agrícola, que a lo largo de los tiempos ha aumentado de forma excepcional. El Antiguo Egipto consiguió liberar el campo al 5% de su población total, lo que resultó determinante para su desarrollo. La Gran Pirámide pudo requerir una inversión equivalente a 1 millón de Tm de trigo. Más o menos es el excedente que tuvieron que generar los tres millones de agricultores existentes para sostener a las 100.000 personas, con sus correspondientes familias, que trabajaron durante 20 años en la construcción del monumento.

El incremento experimentado por la productividad del trabajo agrícola ha sido la clave para que en el mundo avanzado actual, menos de un 5% de la población total sea capaz de alimentar a más del 95% restante. El trabajo de un

año de tan sólo mil agricultores actuales resulta suficiente para producir la misma cantidad de trigo obrerada por los tres millones de agricultores del Antiguo Egipto, trabajando de sol a sol durante 20 años. Así, en 3.000 años y gracias a los sucesivos avances tecnológicos, la productividad de los agricultores se ha multiplicado por 60.000. La tecnología agrícola ha permitido que la mayoría de la gente del mundo desarrollado actual pueda dedicarse a otros menesteres ajenos al campo. Sin esa tecnología, nuestra cultura simplemente no existiría y este mundo en el que muere de hambre diez niños cada minuto, sería todavía peor.

Las sucesivas innovaciones agroalimentarias han sido claves para que la economía actual se haya extendido mucho más allá de la satisfacción de las necesidades vitales. Habiendo contribuido a liberar ingentes cantidades de recursos de todo tipo, la tecnología agrícola ha permitido destinarlos a muy diferentes fines de desarro-

llo y bienestar. Hace 3.000 años, un millón de Tm de trigo representó una inmensa riqueza: la que exigió la Gran Pirámide. Sin embargo, hoy en día, esa misma cantidad de trigo, puede comprarse por 150 millones de euros, importe que no alcanza para construir 30 km de autopista.

La descomunal devaluación histórica sufrida por el trigo y en general por las materias primas agrícolas, aunque no ha beneficiado a los agricultores, ha resultado determinante para el desarrollo económico y el bienestar general. La disponibilidad de alimentos, cada vez más baratos y seguros, no solo generaliza el acceso a la alimentación, sino que hace posible extender el consumo a otros muchos productos y servicios no alimentarios, que suponen entre el 85 y el 90% del PIB de las economías desarrolladas. La urgencia y necesidad de proveer de alimentos asequibles a los más de 2.000 millones de pobres y hambrientos ya no es cuestión de economía, sino de justicia y dignidad.

El mundo, tanto el desarrollado como el que quiere serlo, exige alimentos más y más baratos, al tiempo que también exige precios más altos para sus productores. Esto conduce a un complejo dilema. No existiendo recetas mágicas, si hay caminos equivocados e, incluso, dispartados. Por ejemplo, poner la agricultura al servicio prioritario del conservación, o, en vez de a la alimentación. O, por ejemplo, apostar preferentemente por la agricultura tradicional, en vez de hacerlo por su mejora en base a los avances científicos y tecnológicos. La idea, muy extendida en la UE, de que la tecnología proporciona alimentos seguros, siendo falsa, supone una de las principales barreras para afrontar en serio el dilema agroalimentario. Pretender abaratar los alimentos y elevar las rentas de los agricultores sin innovación es como intentar dibujar, con la única ayuda de una regla y un compás, un cuadrado de la misma área que un círculo dado, algo matemáticamente imposible de lograr.